

decisiones del Soberano Pontífice se lanzan denodados al martirio, y reflexionen luego sobre su propia conducta. Consuélense por su parte los católicos al ver que en los dos extremos de nuestro continente pesa á un mismo tiempo la persecucion sobre nuestra santa Iglesia; aqui para castigar la tibieza de la caridad, y alli para recompensar el ardor del celo; y en todas partes á la Iglesia saliendo triunfante de todas estas pruebas. ¿Qué entusiasmo no inspiran el valor y la virtud de los misioneros mártires? ¿Puede desconocerse la fuerza divina que les infunde ese heroismo y les inspira sus santos designios? De manera que la prueba de los mártires, que el cristianismo alega en su favor, está siempre perpetua, y este perpetuo y constante milagro es exclusivamente propio de la Religion católica: solo ella produce mártires y la sangre de estos es todavía como lo fué en los primeros dias de la Iglesia una semilla de cristianos. Las persecuciones son frecuentes, y lo que hay verdaderamente admirable, es que estas no intimidan á los que en Europa se preparan para tan glorioso apostolado y que, al marchar á él, ni uno solo deja de hacer el generoso sacrificio de su vida.

No hablaremos de los establecimientos de Levante, que en la época de que hablamos se hallaban amenazados de una próxima ruina; pues todas las misiones sufrian á causa de las turbulencias de Europa que impedían enviar misioneros á Oriente.

En Su-Tchuen, la Religion católica hacia nuevos progresos, á pesar de la revolucion que desolaba esta provincia y las incomodidades que el ejercicio del ministerio presentaba en los paises comarcanos. Contábanse allí diez y seis sacerdotes indigenas y treinta y siete mil fieles: en 1799 recibieron el bautismo mil doscientos ochenta y cuatro adultos, y habia unos dos mil catecúmenos. Ningun dia dejaba de haber ocasion de admirar la operacion de la gracia en la conversion de gentiles.

La predicacion es el medio de que Dios generalmente se vale; mas no emplea á los sacerdotes europeos para obrar estas conversiones, pues teniendo que vivir ocultos no pueden anunciar la fé á los gentiles. Tampoco se vale de los sacerdotes del pais, tan ocupados en la administracion de sacramentos, que apenas les queda tiempo para convertir infieles; ni de los cristianos mas instruidos y capaces de formar un discurso seguido, pues se ha observado que estos consiguen pocos buenos resultados. Simples neófitos, pobres, poco instruidos, labradores, artesanos, tales son los instrumentos de que se vale la divina Providencia. Estos anuncian el Evangelio con celo, predicándolo mas eficazmente con sus obras que con sus palabras. Las mugeres son las que consiguen particularmente persuadir. Una visita de atencion, un encuentro casual, una comida, una conferencia sobre intereses materiales, algunas palabras vertidas por los gentiles, la conducta de los neófitos al ser acusados ó maltratados, el haberse negado algunos mandarines á admitir acusaciones contra los cristianos, las causas en que estos son absueltos, las relaciones de parentesco, de amistad, etc. Un accidente, un contratiempo, un golpe de fortuna, y otros mil incidentes á este tenor, suelen ser los medios de que Dios se vale para hacer adquieran los idólatras el conocimiento de la verdad.

Cada familia fija en el aposento donde recibe á los huéspedes la targeta ó tableta de la Religion cristiana, que consiste en una tira de papel de color, en la que hay estampadas estas palabras: «Al verdadero Señor y Dios, criador del cielo, de la tierra, de los hombres y de todas las cosas.» En ambos márgenes de la targeta hay escritas máximas religiosas en verso, ó los misterios de la fé: esto constituye un adorno en las casas de aquel pais. Tambien se usa en las habitaciones de los paganos; pero el texto es distinto, pues se dice: «Silla del cielo, de la tierra, del emperador,

de los parientes, de los maestros y de las almas;» con varias sentencias sacadas de la razon ó de sus supersticiones. Los domingos y demas dias festivos se reunen en una ó mas casas los cristianos de una misma poblacion y cantan á coros, los hombres á un lado y las mugeres á otro, las oraciones propias del dia, sin hacer caso de ser vistos ú oídos por los gentiles. Estando ausente el sacerdote, los neófitos celebran públicamente los matrimonios y funerales con las ceremonias y oraciones que se les tienen prescritas. Todos, hasta los mas tibios, consideran como un honor el manifestarse cristianos y predicar denodadamente la Religion sin temer la presencia de los pretorianos, ni la proximidad de los tribunales. Pero se ocultan lo mas que pueden de los paganos cuando se trata de ritos que no pueden ser ejercidos mas que por sacerdotes, como la misa, administracion de Sacramentos etc.; pues no está tolerada la Religion cristiana hasta el punto de consentir ministros públicos, sobre todo si son extranjeros; mas á pesar de eso, todo se efectúa con libertad y hasta sin temor en la mayor parte de las cristiandades. Si los gentiles llegan á sospechar que el *maestro de la Religion* se halla en aquel sitio, lo mas que dicen es que ha venido un maestro á predicar; á veces los cristianos les proponen que vayan á oírle, y si aceptan se les introduce en hora distinta de la de las asambleas, y entonces el mismo sacerdote, si es chino ó catequista, les exhorta. No faltan alguna vez prosélitos enteramente nuevos que con mas celo que prudencia introducen sin reflexion á oír predicar públicamente ó asistir á nuestras ceremonias algunas personas por cuya conversion están muy interesados, creyendo que así adelantan en sus buenos propósitos, y Dios ha bendecido alguna vez esta piadosa imprudencia. Este, al menos, es el cuadro que la Religion presentaba en estos paises hasta el 1804.

La Corea estaba amenazada de una nueva persecucion, que principió en el estío de 1800,

y no tardó en presentar un carácter alarmante. El cristiano Yu-t sien lou, portador de comunicaciones del misionero Santiago Velloz, fué preso durante el invierno, permaneció inalterable en la fé y murió mártir. En esta época falleció el monarca. Los mandarines, encargados de la administracion del reino durante la menor edad del sucesor, principiaron persiguiendo á los cristianos de las campiñas; mas al invierno siguiente se extendió la persecucion hasta sobre los de la capital. En 1801 fué mas numerosa que nunca la lista de los cristianos presos. Se estableció un tribunal especial para entender en este asunto. Entre los encarcelados se hallaba Pedro Ly, que á su regreso á Corea despues de haber sido bautizado en Pekin, fué el primero que dió á conocer la Religion cristiana. Todos los acusados fueron encerrados en la cárcel Real, y todos murieron de resultas de los golpes ó suplicios que les hicieron sufrir. Los tribunales funcionaban de dia y de noche, y bastaba para ser encarcelado el haber oído solo una vez predicar la Religion. Para vencer la constancia de los cristianos se inventaron tormentos horribles y hasta entonces desconocidos, que apenas hay palabras que puedan espresarlos. Por último habíase ya disuelto el tribunal encargado de este asunto, cuando habiendo sido arrestado un cristiano, llamado Alejo Hoang-sse-yung, que habia huido, volvió á desencadenarse nuevamente la persecucion con resultados mas largos y complicados que antes. Alejo sufrió el martirio, todos los presos fueron decapitados, y el tribunal volvió á disolverse. En un año que duró esta feroz persecucion murieron y sufrieron tormento tantas personas que, segun la opinion de todo el mundo, nada podia compararse con semejantes crueldades desde que aquel reino existia.

Hé aquí algunos detalles por lo tocante al misionero Santiago Velloz. Algunos cristianos, cediendo al furor de los tormentos, dieron noticia de su paradero, de manera que no le era



ya posible permanecer oculto: presentóse, pues, solo y lleno de valor al tribunal, y al ser preguntado acerca de su origen y conducta no ocultó la verdad. Habiendo pedido papel y pinceles, espuso claramente por escrito los principios generales de la Religion y los motivos que le habian inducido á pasar á predicarla á aquel pais, protestando que no lo habia hecho mas que para gloria de Dios y amor de los hombres. El tribunal estuvo largo rato deliberando si convendria remitirlo en el acto á Pekin, ó escribir preguntando lo que se habia de hacer. Mas reflexionando despues que el misionero habia salido furtivamente de la China, juzgó que nada impedia que se le diera la muerte. Conformáronse con esta opinion. El domingo de la Santísima Trinidad colocaron al misionero sobre un lecho de paja, y rodeado de tropa le llevaron á una legua de la ciudad en una llanura arenosa donde solian arrojar el cadáver de los reos sentenciados, y á fin de atemorizar al pueblo mandaron poner las tropas sobre las armas. El misionero, dirigiéndose á la multitud que le rodeaba, exclamó en alta voz: «Muero aqui por la Religion del Señor del cielo. Antes de diez años sufrirá vuestro reino una gran calamidad, y entonces se acordarán de mí.» Estas palabras, oidas por los idólatras, causaron profunda sensacion. Hicieron los verdugos dar al misionero tres vueltas al rededor del recinto para imprimir terror en el pueblo, y en seguida le cortaron la cabeza, hallándose puesto de rodillas con las manos cruzadas y manifestando la mayor tranquilidad. Mientras se hacian los preparativos para la ejecucion, el cielo se cubrió repentinamente de espesas nubes, y se desencadenó un viento impetuoso que conmovió hasta las piedras; cayó lluvia á torrentes, y reinó tal oscuridad, que apenas se veia á ocho pasos de distancia. Hecha la ejecucion volvió á brillar el sol, apareció el arco iris, y el cielo volvió á despejarse. En vista de tales señales, el pueblo y la tropa no pudo menos de conocer que

se acaba de quitar la vida á un inocente. El cadáver del misionero quedó espuesto al público tres dias, custodiado por soldados que luego lo enterraron, solo para ocultar el lugar de su sepultura á los cristianos.

No se entibió por esto el fervor de los neófitos, y enviaron al señor de Goréa, obispo de Pekin, un mensajero cristiano con los detalles de la persecucion y pidiendo un sacerdote; mas al llegar aquel á las fronteras, fué cogido por los gobernadores y enviado otra vez á la capital. No habiendo vacilado en su fé, se le cortó la cabeza juntamente con otros dos cristianos que le acompañaban. Por las cartas que encontraron cosidas en su ropa, se enteraron de lo concerniente á la iglesia de Coréa, y el rey escribió al emperador de la China, presentando á los cristianos como unos rebeldes que trataban de cambiar la religion de Confucio y de introducir otra europea. Afirmaba que esta Religion habia entrado en Coréa por medio de los europeos de Pekin; y por último, aseguraba que iban á venir cien buques europeos para apoderarse de su reino, y pedia socorros al emperador para cuando estos buques llegasen. El emperador, cediendo á un impulso verdaderamente providencial, contestó al rey que los europeos de Pekin no eran capaces de atentar contra la Coréa, y que en mas de dos siglos que hacia que existian europeos en su capital, jamás habian hecho nada reprehensible.

Dirijamos ahora una mirada sobre la Cochinchina y Tong-king.

Cuando el rey de Cochinchina, retrocediendo ante la insurreccion se retiró con su familia y los principales mandarines, fué seguido de muy poco número de soldados. La mayor parte le abandonaron para quedarse en la comarca de Hué, de la cual no tardaron los tongkineses en apoderarse. Del número de estos fué Manuel Trieu, natural de Phuxuan, residencia en otro tiempo de la corte del rey de Cochinchina, é hijo de padres

cristianos de sangre ilustre. Este señor era guardia de corps del príncipe fugitivo, y habiendo pasado al servicio de un poderoso tongkinés, que le llevó al Tongking, principió á reflexionar seriamente sobre la vanidad de las humanas grandezas. A impulsos de la gracia tomó el partido de abandonar el mundo y se puso bajo la direccion del vicario apostólico, el cual notando sus buenas disposiciones, le hizo estudiar teología y á los seis años le ordenó de sacerdote. De alli a poco el obispo le encargó de varias cristiandades. Despues de haber pasado seis años ejerciendo el ministerio, alcanzó permiso para pasar á Phu-xuan á ver á su anciana madre, pobre y enferma, y que estaba recogida como de limosna en una casa. Su hijo le hizo construir una pequeña habitacion, en la que ayudada de unas sobrinas pudiera vivir con alguna tranquilidad.

Entonces el usurpador de Cochinchina mandó hacer indagaciones contra los cristianos, y envió soldados que recorriesen las tres cristiandades inmediatas á la residencia Real, esperando descubrir algun misionero. No encontraron ningun europeo, sino solo al P. Manuel, y lo prendieron sin saber quién era. Nada le hubiera sido mas fácil que ocultar su condicion de sacerdote, pues su exterior no lo indicaba; pero no tuvo por conveniente hacerlo, y sin rebozo ninguno dijo que era sacerdote cristiano. Trabajo les costó á los esbirros el creerlo; mas como el Padre insistia, le dieron crédito, y en seguida le azotaron bárbaramente por dos veces y lo amarraron juntamente con dos discípulos que le acompañaban y muchos catequistas de las cristiandades vecinas. Manuel, con la canga al cuello y cargado de cadenas, permaneció cuarenta dias en un calabozo, en cuyo periodo fué azotado otras tres veces y recibió veinte palos sobre los huesos.

Conducido ante el gran Consejo, el primer mandarin le dijo: «Maestro, ¿quereis renun-

ciar á predicar la Religion y volver al mundo á ejercer cualquier otra profesion que mas os acomode? Si lo prometéis, suplicaremos á S. M. que os perdone.» El Padre contestó con palabras enérgicas, pero respetuosas, que preferia morir, y en el acto y sin mas formalidad fué condenado á muerte y entregado á los esbirros. Al salir del tribunal, permitieron que los cristianos se acercasen á él y le acompañaran hasta el lugar del suplicio. El confesor caminaba con paso grave y magestuoso, brillando en su rostro la alegria, y detrás de él venia un soldado con una tablilla en que se leia esta inscripcion en letras mayúsculas: «Es preciso que el pueblo sepa que un sugeto, llamado Trieu, hace profesion de enseñar la Religion cristiana, y de exhortar al pueblo á que abraza esta Religion que es la mas detestable que se pueda imaginar: esta es la razon por que su crimen merece que se le corte la cabeza.» Al llegar al sitio destinado para el suplicio, los soldados le quitaron los grillos, y el Padre se puso al momento á orar de rodillas. El mandarin que presidia la ejecucion, le entregó en nombre del rey unas monedas, segun se acostumbra hacer en Tong-kin con todos los sentenciados para que puedan procurarse alguna bebida espirituosa que les dé alientos para recibir la muerte. El Padre no quiso admitir el dinero, diciendo que se lo agradecia al rey, pero que ninguna falta le hacia estando para morir. El mandarin insistió, pero el confesor contestó: «Tómenlo en horabuena y repártase entre los pobres.» Un soldado, al oír estas palabras, le amenazó con el sable, y otro le descargó un puñetazo en el rostro. El mandarin dió una reprension á este soldado diciéndole: «¿Cómo! ¿Aún no ha llegado la hora y tú maltratas al maestro?» Y volviéndose luego hácia el confesor: «sentáos, maestro, le dijo, pues aun no ha llegado la hora.» Entonces el Padre se sentó sobre los talones fijando su vista en el cielo y orando continuamente. A eso



del medio día el mandarin se acercó á él, y con tono respetuoso le dijo: «Maestro, ya ha llegado la hora.» El confesor se volvió á poner de rodillas para ofrecerse á Dios, y en el acto se acercó un soldado y de un solo sablazo le cortó la cabeza. Los cristianos se dieron prisa á recoger los preciosos restos del mártir, teniéndolos en depósito y enterrándolos sin ninguna ceremonia eclesiástica en un lugar no conocido de los paganos, esperando que llegara un tiempo mas tranquilo que permitiera sepultarlos con el honor debido. El P. Manuel Trieu entregó pues su alma al Criador en 17 de setiembre de 1798.

El año siguiente murió Pigneaux, obispo de Adran, lumbrera de Cochinchina, causando su muerte un luto general. Acababa de acompañar á la provincia de Qui-nhou á su Real discípulo que nunca daba un paso sin ir acompañado de tan sabio mentor. El rey envió sus médicos para ver si podia conservar la vida del que tantas veces le habia salvado la suya: pasó el mismo monarca en compañía de su hijo á visitarle; pero todo fué inútil. El obispo de Adran espiró el 9 de octubre, despues de haber edificado á todo el mundo con su incansable paciencia, extraordinario fervor y firmeza heroica. Luego que murió envió el rey un lujoso féretro, piezas de damasco y otras telas preciosas de seda para enterrarlo. Hicieronse al cadáver del prelado, al trasportarlo á Dong-nai, funerales magníficos en presencia de toda la corte; y para dar á la familia de Pigneaux un eterno testimonio de su Real gratitud, el monarca hizo estampar en un pedazo de damasco bordado el siguiente diploma con el objeto de remitirselo en la primera ocasion:

«Yo poseia un sábio, íntimo confidente de todos mis secretos, que á pesar de la distancia de mil y mil leguas, habia venido á mis Estados, y no me abandonó jamás, aun cuando la fortuna me volvió la espalda. ¿Por qué ra-

zon ahora que ella ha vuelto á colocarse bajo mis banderas, ahora que estamos tan estrechamente unidos, una prematura muerte ha de habérmelo arrancado súbitamente de mi lado? Hablo de Pedro Pigneaux, condecorado con la dignidad episcopal y con el glorioso título de plenipotenciario del rey de Francia. Como que conservo siempre en mi ánimo el recuerdo de sus virtudes, quiero darle un nuevo testimonio, que ciertamente es debido á sus raras prendas. Si en Europa estaba reputado como un hombre no comun, aqui se le consideraba como el extranjero mas ilustre que se ha presentado en la corte de Cochinchina. Desde mi mas tierna juventud tuve la dicha de encontrar este precioso amigo, cuyo carácter se amoldaba tan perfectamente con el mio. Al dar yo los primeros pasos para colocarme en el trono de mis antepasados, lo tenia á mi lado, siendo para mí como un rico tesoro, de donde yo podia sacar cuantos consejos necesitaba para dirigirme. De pronto cayeron mil calamidades sobre el reino, y mis plantas vacilaron. Entonces nos fué preciso tomar un partido que nos separó como el cielo y el mar. Puse entre sus manos al príncipe heredero (bien merecia que se le confiara tan rico depósito) para que fuese á interesarse en mi favor al gran monarca que reinaba en su patria. Pudo efectivamente conseguir que se me dieran algunos auxilios; ya llegaban á mitad de camino, cuando sus proyectos tropezaron con obstáculos y no marcharon á medida de sus deseos. Mas á imitacion de cierto personaje antiguo, considerando á mis enemigos como suyos propios, volvió, por afecto á mi persona, á reunirse conmigo para buscar los medios y la ocasion de combatirlos. El año que entré en posesion de mis antiguos Estados, esperé con impaciencia alguna feliz noticia que me anunciara tambien su regreso. Al año siguiente llegó cuando lo habia pro-

metido. Por el modo insinuante y lleno de dulzura con que educaba á mi hijo, que habia vuelto á traer en su compañía, se echaba de ver su especial talento para dirigir á la juventud. Mi estimacion y mi afecto hacia su persona fueron creciendo mas cada día. En los tiempos de calamidad nos daba medios que solo de él se podian esperar. La discrecion de sus consejos y la virtud que brillaba hasta en sus conversaciones familiares, estrechaban mas y mas nuestras relaciones. Habia tanta amistad, tanta familiaridad entre nosotros, que cuando yo por mis asuntos tenia que salir de palacio, los caballos en que cabalgábamos marchaban emparejados. Nunca hemos tenido mas que una sola voluntad. Desde el día en que por una feliz casualidad nos conocimos, nada ha podido entibiarnos nuestra amistad, ni causarnos un momento de disgusto. Yo esperaba que su robusta salud me permitiera gozar aun por mucho tiempo los dulces frutos de tan estrecha union; mas hé aqui que la tierra acaba de cubrir tan bello y precioso árbol! ¿Qué de veces lo echo de menos! Para manifestar á todo el mundo los altos méritos de este ilustre extranjero y derramar al exterior el suave perfume de sus virtudes, que él trató de tener siempre ocultas, espido este título de maestro del príncipe heredero, adjudicándole la primera dignidad despues de la monarquía con el dictado de completo. ¡Ah! Cuando el cuerpo cae y el alma va á remontarse al cielo, ¿quién podrá retenerla? Concluyo este pequeño elogio; pero el pesar de tanta pérdida durará eternamente en la corte.... ¡O bella alma del maestro, recibe este obsequio!»

La persecucion que en 1798 estalló en Tong-king, se amansó á fines de junio de 1799, si bien como continuaban una multitud de espías, habia que vivir con mucha precaucion. Los sacerdotes del país podian ejercer con

bastante libertad aunque sin ruido y sin aparato su ministerio dentro y hasta fuera de la ciudad Real, y los europeos, aunque ocultos, podian administrar los Sacramentos á los cristianos que secretamente venian á buscarlos, y asimismo podian, caminando de noche y con muchas precauciones, visitar las cristiandades que tuvieran el valor de recibirlos. A pesar de eso no faltaron obispos y misioneros que por medio de algunos magnates se decidieron á hacer varias tentativas para conseguir se revocara el edicto de persecucion; pero fué en vano. El tirano ni siquiera quiso leer una representacion apologética, que en nombre de los principales personajes cristianos de su corte le fué presentada. Una victoria que últimamente consiguió, le habia hinchado el corazón de tal modo, que llegó á mirarla como una recompensa de sus esfuerzos para estirpar el cristianismo.

En Nghé-an continuaba siempre haciéndose sentir la persecucion. Seguia el gobernador obligando á los cristianos á que fijasen delante de sus casas un estandarte con el idolo del país, multando y azotando tan inhumanamente á los que se negaban á hacerlo, que no pocos estuvieron á punto de perder la vida. Los soldados no guardaban consideraciones ni con el sexo, ni con la edad. En mayo de 1801, el mismo gobernador mandó decapitar á dos hermanos neófitos, cuyo crimen consistia en haber avisado de la persecucion al obispo de Castorie y haberle salvado del peligro. Mandó tambien que al menor de aquellos dos hermanos se le machucaran las muñecas, y al mayor se le estrujaran las pantorrillas hasta tocar el hueso: luego mandó ponerlos en posicion supina con los pies sostenidos al aire, y en esta disposicion se les echó agua en la boca y en toda la cara, de manera que á fuerza de violentarse el pecho para no ahogarse con el agua llegaron á vomitar sangre. Durante la ejecucion de este horrible tormento el gobernador les decia:



«¿A dónde habeis llevado al europeo? ¿dónde le habeis escondido? Si lo declarais, os pondré en libertad.» Bien lo sabian los generosos hermanos; pero no quisieron decirlo. «Si abandonais vuestra Religion, prosiguió diciendo el gobernador, se os perdonará; de lo contrario sereis decapitados.» — «Nuestra Religion es la verdadera, contestaron los mártires; la hemos heredado de nuestros padres y la llevamos grabada en el corazon: preferimos morir, antes que renunciar á ella.» En vista de su negativa, se les cortó la cabeza en la plaza pública.

El misionero Lepavec estuvo á punto de ser ahogado, pues el barquichuelo de bambú en que iba á administrar á unos enfermos, zozobró al impulso de una ola. Afortunadamente pudo asirse á una tabla que habia en el barquichuelo, y Dios le dió fuerzas para no perder la respiracion hasta que llegaron los neófitos. ¿Cuál fué la admiracion de estos al ver que el buen pastor no habia perecido aun! Habiéndose librado de este peligro, se vió espuesto á otro. En los dias inmediatos á Navidad de 1804, se amotinaron unos paganos, y armados de palos y de picas asaltaron durante la noche la casa en que el Padre dormia, y habiéndose apoderado de su persona, le maltrataron á golpes é injurias. A la cuerda con que le habian amarrado las manos á la espalda, añadieron otra, y uno de aquellos bárbaros le iba arrastrando hácia atrás; otro le empujaba con una pica y otro le iba dando sablazos de plano para hacerle andar. Por fortuna solo tres horas permaneció en poder de estos satélites, pues habiendo llegado esta barbaque á noticia de los cristianos acudieron estos armados de palos, pudieron librarle y le llevaron á un convento de religiosas, situado en un bosque. «Si hubiera permanecido, dice el mismo misionero en una de sus cartas, algo mas tiempo en manos de aquellos furiosos, tal era el modo con que me trataban, que indudablemen-

te hubiera tenido la dicha de morir por la fé.» — Algunos meses despues fueron presos un religioso español y tres sacerdotes del pais, que pudieron librarse mediante un considerable rescate. Uno de ellos habia sido ya cruelmente atormentado: dejábanle durante el dia espuesto á todo el ardor del sol, y por la noche le metian en una especie de cofre donde apenas podia respirar por falta de aire, teniendo además las piernas metidas en un cepo, que le causaba el mayor dolor. Durante esta feroz persecucion distinguieronse muchos cristianos con brillantes rasgos de valor y firmeza.

Despues de haber hecho Dios pasar á los misioneros y cristianos de Tong-king por esta cruel prueba, se apiadó de ellos y les volvió la paz en julio de 1802. El tirano, que á su celo de persecucion atribuia las victorias que habia conseguido, no tardó en conocer el peso de la venganza del cielo. A pesar de su ejército formidable fué enteramente derrotado por el rey de Cochinchina, que en menos de un mes conquistó el reino de Tong king, entrando en la ciudad Real el 18 de julio de 1802.

El vencedor, antes de entrar en Tong-king, habia manifestado deseos de ver misioneros. A su paso por la provincia de Nghe-an concedió audiencia al obispo de Castorie y al Sr. de La-Bissachere, y los trató con distincion. Desde el dia de su llegada á la ciudad Real le envió el obispo de Gortyne algunos pequeños regalos, á cuya fineza se mostró agradecido. Este mismo prelado y el misionero de Eyot le fueron presentados de allí á poco tiempo, y él los recibió honoríficamente, y prometió dar un decreto favorable á la Religion. Asi lo hizo en efecto á los pocos dias, prohibiendo que se obligara á los cristianos á ningun acto de idolatría.

Mientras que los misioneros y cristianos se veian libres del terrible azote, que durante cuatro años habia affigido á la iglesia de Tong-king, y recobraban la libertad, los unos de

predicar, y los otros de practicar el Evangelio, la mano de Dios caía pesada sobre los que habian perseguido con tal violencia á sus ministros y servidores. El tirano y sus hermanos, todos los grandes mandarines y muchos gobernadores de provincias, se vieron cargados de cadenas. Otros mandarines fueron despojados de sus dignidades, y condenados á trabajos los mas duros y humillantes, como eran cortar y dar el forrage á los caballos y elefantes y barrer las cuadras. Por último, el mismo tirano de Tong-king con sus hermanos y muchas mugeres y niños de sus familias y muchos grandes mandarines fueron ajusticiados, siendo descuartizado el primero por cinco elefantes, y decapitados sus hermanos y los mandarines.

Desgraciadamente el decreto que prohibia inquietar á los cristianos por lo tocante al culto de los ídolos, estaba concebido en términos tan ambiguos, que la mayor parte de los paganos y los mandarines que eran enemigos de la Religion cristiana lo interpretaban en mal sentido, y por otra parte tampoco fué publicado de modo que pudiera llegar á conocimiento mas que de una sola provincia; pues los gobernadores de las demas no quisieron volverle á publicar. Estas circunstancias determinaron al obispo de Veren, vicario apostólico de Cochinchina, á Lamothe, obispo de Castorie, coadjutor del Tong-king occidental, y á Liot, misionero de Cochinchina, á presentar al rey una súplica, á fin de alcanzar otro decreto mas claro y solemne. El rey, despues de haber guardado silencio unas veces y respondido otras en términos equívocos, contestó por último á Liot, que el gran Consejo no tenia por conveniente promulgar otro edicto. Con esta ocasion la mayor parte de los mandarines que componian este Consejo manifestaron con toda clase de insultos su odio á la Religion, á sus ministros y á los cristianos. Algunos llegaron á aconsejar que se convidara á los misioneros á un

festin, y que apoderándose de sus personas se les hiciese marchar á Europa; pero el rey desechó este pérfido consejo.

En el viaje que hizo á Tong-king en 1803, para recibir la corona de manos del embajador chino, manifestó cuánto se habia resfriado respecto á los misioneros. Mandó publicar un bando de buen gobierno en el que se trataba de la Religion cristiana, y si bien no la prohibia, hablaba de ella de un modo despreciativo y sujetaba á los cristianos á muchas incomodidades. Este bando arreglaba primeramente las fiestas y regocijos públicos que se celebran anualmente en los pueblos, y las contribuciones que se exigen con motivo de los casamientos y entierros, asi como las multas de los que infringen estas órdenes. El último artículo trataba del culto de los ídolos y tambien de la Religion cristiana, no hablando favorablemente ni del uno ni de la otra. Prohibia que se gastaran grandes sumas en construir pagodas y en las festividades que los pueblos celebraban en obsequio de sus númenes tutelares. «La Religion cristiana, dice este edicto, es originariamente la doctrina de un pais extranjero, introducida y mantenida hasta el presente en el reino. El infierno de que esta Religion habla, es una amenaza terrible de que se vale para atemorizar, y el paraíso que promete es una expresion magnífica que le sirve de cebo. Esta doctrina se ha ido insinuando poco á poco entre hombres groseros ó ignorantes que la abrazan y siguen como insensatos. Gran número de vasallos se halla infestado ya con esta doctrina, y practican sus leyes como hombres embriagados, sin reflexionar nada, como ciegos á quienes con nada es posible atraer al buen camino. Mandamos que en lo sucesivo, por lo tocante á los templos que empiecen á arruinarse, no puedan ser reedificados por nadie que no esté previamente autorizado con el permiso del gobernador de la provincia (permiso que dicho